

EMILIO ORTIZ

*La vida con un
perro es más feliz*



EMILIO ORTIZ

LA VIDA CON UN PERRO ES MÁS FELIZ

,

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Emilio Ortiz, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Temas de Hoy es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664 08034 Barcelona

www.temasdehoy.es

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-9998-654-8

Depósito legal: B. 2.481-2018

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: Rodesa, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	13
SERES EXTRAORDINARIOS	15
1. LA AMISTAD SEGÚN TANA	19
Agresivos, pocos; traidores, ninguno; y amigos, todos	21
Intercambio de intereses. Los principios de una gran amistad	26
Cada vez más lejos del lobo, cada vez más cerca del hombre	29
Poco a poco	31
Los tiempos de la compañía	34
Un simple acompañante que terminará por ser el me- jor amigo	39
Uno más de la familia	40
Cuestión de tiempo	44

2. LA INTELIGENCIA CANINA SEGÚN SARI	49
El cerebro del perro, una realidad científica apasio- nante	50
La inteligencia de los perros en la filosofía	57
Distintos tipos de inteligencia	61
Razas de perro e inteligencia funcional	77
La inteligencia emocional en los perros	79
Asombrosa fidelidad canina	89
Conclusiones sobre la inteligencia	92
3. LOS DERECHOS SEGÚN HUGO	99
¿Y por qué ellos?	101
Derecho canino	104
La defensa organizada del derecho animal	108
Organizaciones de defensa de los animales en Es- paña	112
Ni maltrato ni abandono; él nunca lo haría	113
Cientos de casos, lamentables desenlaces	116
La convivencia en espacios públicos	121
4. LAS MANÍAS SEGÚN CHOCOLATE	127
Las suyas	129
Las nuestras	140
Las de ambos	148
5. EL ADIESTRAMIENTO SEGÚN SANDY	153
Aspectos básicos del adiestramiento canino	155
Convivir con un perro, un antídoto contra la soledad	168
El perro y el niño	172

6. LA VIDA Y EL TRABAJO SEGÚN JAZZ	177
Héroes caninos	178
Perros de asistencia	179
Perros de alerta médica	185
Perros para catástrofes y seguridad	194
EPÍLOGO	203
La vida con un perro es más feliz	203

1

LA AMISTAD SEGÚN TANA

El mejor amigo del hombre. Decís esto y, vosotros, los humanos, os quedáis tan anchos. ¿Acaso sabéis de verdad qué significa eso de la amistad? Amigos, amiguetes y amigotes, esas son vuestras distinciones.

Nosotros, los peludos, vivimos en manada —manada espontánea y coyuntural en estos tiempos que corren—. Si estamos en un parque o en el campo y conocemos a uno o a varios de nuestros semejantes, lo único que hacemos es comprobar que este o estos no sean violentos; nada más. Y en caso de que sea buena gente —perdón, buenos perrunos— nos hacemos amigos de inmediato, sin preguntas, juicios ni desconfianzas. A correr, a jugar, a olisquearnos y, si es necesario, a echarnos unos chorretes los unos a los otros.

Pero vosotros, ¿qué hacéis? No, este no, que no va vestido como a mí me gusta; la otra tampoco que parece una estirada; aquel menos que es de otra raza, otra cultura u otra lengua, y, total, para no entendernos, paso. Me quedo en casa machacando mis huesos en el sofá.

¿Cuántos amigos de verdad, de verdad, tenéis? ¿Uno o dos? A veces, ni siquiera. Cuando habláis de nosotros utilizáis el término «amigos», así, sin más, sin preguntar nuestra opinión, sin despeinaros. No conozco a nadie que diga que su perro es un amigote o un amiguete, por algo será.

Soy Tana, una hembra bóxer de dos años y tengo muchos amigos, más que amigas. No me llevo mal casi con ninguna perra, pero no creáis que todas terminan de aceptarme. No sé qué se creen, sí, además, estoy operada y a mí eso del sexo no me va demasiado, y mucho menos en grupo. Pero, bueno, de todo hay incluso en el mundo perruno.

Mis amistades suelen durar entre cinco segundos —lo justo para olisquearse un poco; en ocasiones no nos da tiempo ni a llegar al trasero— y meses, o años o toda una vida. Este tipo de amistades —en realidad, todas las amistades— y su duración nunca dependen de mí. Por desgracia dependen de mi dueño y de lo que a él le apetezca hacer. En resumidas cuentas: la amistad entre perro y humano consiste en que nosotros les debemos lealtad, obediencia y sumisión, y nuestros amos a cambio de esto hacen lo que les da la gana. Claro, el mejor amigo del hombre, nos ha *fastidiado*, así cualquiera.

Que sí, que vale, que lo reconozco, que Julio me quiere un montón. Que sí ay, mi feota; ay, mi morrete; ay, mi princesa bonita —en qué quedamos, ¿feota o bonita? Aclárate, majo—.

Él debe de tener unos veinticinco años de humano, vivimos solos en un pequeño apartamento de una ciudad muy ruidosa que huele a humo de coche y poco más. Salvo los fines de semana que me saca a correr al campo —tras montar en el maldito coche donde tengo que ir atada y donde siempre vomito—, el resto de los días me saca por la mañana a hacer mis cosas a una ridícula porcioncilla de tierra que hay debajo de casa. Luego, cuando regresa por la noche, un pis de nuevo y lo que surja.

Pero antes de bajar menuda bienvenida le doy al señorito. Voy y le recibo con todo tipo de parabienes. Que si le traigo un juguete, un cojín, una zapatilla, el mando de la tele o la revista que tengo ya baboseada. Y él a veces no es capaz ni tan siquiera de ponerme buena cara.

Antes de cenar —él, por su puesto. Yo hago una comida al día por la mañana y sanseacabó— le gusta ver la tele un rato, y tomar una cerveza y una bolsa de patatas fritas. Yo suelo estar tumbada a su lado en el sofá mientras él está sentado. Voy arriando el hocico poco a poco a la bolsa —«No, no feota, esto no, que no es bueno para ti»—. Qué curioso, como si para él fuese eso un plato de inofensivas y nutritivas acelgas, no te digo. Aunque he de reconocer que en ocasiones me da alguna y en otras se las robo cuando se queda medio frito o se levanta a por otra cerveza, que una cosa es ser la mejor amiga del hombre y otra es ser idiota.

**AGRESIVOS, POCOS; TRAIDORES, NINGUNO;
Y AMIGOS, TODOS**

Probablemente Tana tenga razón en lo de las relaciones amistosas entre humanos, y entre perros y humanos. Nos creemos tan perfectos o tan susceptibles de llegar a serlo que vivimos la amistad como si de un aprendizaje se tratara. En pocas palabras: pretendemos aprender el arte de las relaciones sociales al margen de la familia de modo planificado. Los grupos de amigos vendrían a ser nuestra «manada espontánea y coyuntural», que diría Tana.

Nadie de nuestra especie puede ser un amigo incondicional entregado al cien por cien todo el tiempo con otro semejante.

¿El problema? Que somos seres racionales. Ni siquiera en esto podemos echarle la culpa al sistema social, político o económico.

En el Imperio romano, en la antigua Grecia, en el nazismo, fascismo, capitalismo... y en todos los posibles «ismos» ha habido traiciones históricas entre amigos pertenecientes a la especie humana, acabadas muchas de ellas de forma trágica —muerte por envenenamiento, estrangulamiento, etc.—. La codicia, la envidia, los celos, el odio o el ansia de poder suelen estar detrás de estas traiciones, las cuales no tienen por qué terminar siempre con la peor de las consecuencias: la muerte.

En todos los ámbitos sociales encontramos amigos que se traicionan entre sí —por cierto, que no siempre el sujeto traicionado se entera de ello—. Tendríamos que buscar mucho, y probablemente no lo encontraríamos nunca, un caso en el que un perro traicionase a un humano o a otro perro.

Por supuesto que no. Ya sé que existen infinidad de agresiones entre perros y algunas de perros a humanos, pero una cosa es una agresión y otra muy diferente una traición. Ser agresivo no es lo mismo que ser perverso y retorcido. Nosotros no somos nunca ni una cosa ni otra; por desgracia, el reino animal concede esto último en exclusiva a vosotros, las personas.

Las agresiones entre perros suelen estar justificadas por el deseo de dominación. La intención es dejar claro quién está «por encima» en su sistema jerárquico dentro de una manada o entre dos perros, y en su mayoría las agresiones y, por lo tanto, las lesiones, suelen ser muy superficiales —empujones, zar-

pazos o mordiscos leves...—. Estos actos no tienen como fin la eliminación del contrario ni la amputación de alguna de sus partes. Suelen ser advertencias, un «ándate con cuidado». También pueden estar motivadas por la defensa del alimento, del territorio o la lucha por una hembra.

Es verdad que existen agresiones con consecuencias fatales para uno o ambos contrincantes, pero suelen ser las menos y estas van precedidas casi siempre de avisos que pueden ir de un simple gruñido, ladrido o pequeños ataques como los mencionados anteriormente. Cuando un perro mata a otro es porque ya es imposible cualquier acto de conciliación dentro de las leyes naturales de la manada.

Las agresiones de perros a humanos son menos frecuentes de lo que pensamos. Hemos escuchado muchos testimonios de personas traumatizadas por haber sido mordidas por un perro en su infancia. La espontaneidad de los niños les hace vulnerables ante la agresividad natural de un perro, aunque este pretendiera con el mordisco dar una advertencia al pequeño. Lo que él que no sabe —o quizás sí— es que esta advertencia será para toda la vida.

Es sabido que la defensa del amo, de la vivienda de ambos o de ciertos miedos que el perro pueda tener en determinadas circunstancias también son motivos de agresión. Tampoco vamos a ocultar los ataques caninos a humanos con consecuencias mortales. Aunque son bastante menos frecuentes de lo que parece, son sucesos impactantes y desconsoladores.

Un perro jamás maquinaría un plan para traicionar a su amigo humano o perruno. Podríamos pensar que esto es así porque no tiene capacidad intelectual para ello. Bueno... es

posible, pero quizás sea porque son animales irracionales —mejor llamémosles animales instintivos— exentos de cualquier tipo de emoción perversa o de reacciones contaminadas por emociones desvirtuadas y retorcidas.

Sí, ya, pero vosotros, gracias a eso que llamáis razonamiento, discernimiento o consciencia habéis fabricado durante siglos todo tipo de emociones y sentimientos que poco tienen que ver con el instinto o con vuestra inteligencia natural.

Ningún humano en pleno siglo XXI traicionaría, agrediría, asesinaría a otro por instinto; lo haría por odio, envidia o maldad. Con lo que podríamos llegar a la conclusión de que el instinto del perro le hace actuar sobre unas normas rígidas prácticamente libres de carga emocional negativa. Un perro protege, defiende, ataca, pelea, domina y huye siempre por instinto. Además, un perro es fiel a su amo y a la manada también por instinto. Si a todo esto le sumamos la inteligencia natural que tienen los canes, la adquirida mediante su proceso evolutivo reforzado por la relación durante miles de años con el hombre —se podría decir que de nosotros solamente aprenden lo bueno— y, además, le añadimos el adiestramiento que con más o menos profesionalidad cada uno le dé a su compañero canino, tenemos ante nosotros un ser extraordinario.

Somos animales dotados de una gran inteligencia natural, de una capacidad cognitiva elevada, de una nobleza de sobra conocida, de una capacidad tremenda de adaptación ante cualquier situación doméstica y de una simbiosis y sinergia muy fuerte con vosotros, los humanos, ¿podéis pedir más?

Es curioso cómo las personas más susceptibles de ser traicionadas por el poder que ostentan o las que sufren consecuencias fatales por estas traiciones por ser protagonistas de un conflicto histórico convulso suelen rodearse de colaboradores de los que no se fían mucho.

Alejandro Magno, el hombre más poderoso de su época, no ponía la mano en el fuego ni tan siquiera por sus asistentes más cercanos. De hecho, Alejandro no falleció en batalla, sino en la cama. Siguen sin estar aún claras las causas de su muerte: sobredosis alcohólica, envenenamiento o enfermedad. Quien seguro que no le hubiera envenenado jamás —suponiendo que finalmente esta fuera la causa del fallecimiento— hubiera sido su perro Peritas, el cual murió antes que Alejandro defendiendo a este en una batalla. El gran estratega puso a una de las ciudades conquistadas el nombre de su perro, perteneciente a la raza de los molosos, similares a los mastines.

Simón Bolívar también tuvo un fiel acompañante canino y, al igual que el de Alejandro, murió en plena batalla, en la de Carabobo concretamente. Nevado, que pertenecía a la raza de los mastines del pirineo, tiene una estatua dedicada en su honor en Mucuchíes, Venezuela.

El Che tuvo un perro mestizo llamado Hombrito, el cual le acompañó durante la campaña de Sierra Maestra tras el levantamiento contra Fulgencio Batista.

Es significativo que Adolf Hitler, el hombre que exterminó a millones de personas por cuestiones racistas, xenófobas, homófobas, políticas y religiosas, fuera el mismo que adoró a Blondi, su pastor alemán, o el mismo que condecoró con la

Cruz de Hierro a un bóxer por salvar a diecisiete soldados nazis en plena Segunda Guerra Mundial.

Blondi acompañó al *führer* y a la compañera sentimental de este en el conocido búnker de la Cancillería. Un día antes de suicidarse junto a Eva Braun, Hitler suministró a su perra una de las cápsulas de cianuro iguales a las que Eva y él tomarían al día siguiente, un 30 de abril de 1945, antes de que pudieran ser apresados por los soldados soviéticos.

Por todo ello y aunque sea difícil de aceptar, hemos creado tales estructuras sociales y tipos de relaciones entre humanos que cada vez se hace más fácil que el ser del cual nos podamos fiar sea más peludo y tenga dos patas más que nosotros.

INTERCAMBIO DE INTERESES.

LOS PRINCIPIOS DE UNA GRAN AMISTAD

Las creencias religiosas, políticas y filosóficas, y la moralidad y la ética mal entendidas han mitigado nuestros instintos más básicos y necesarios. Todo esto se traduce principalmente en timidez y refreno afectivo.

Si fuéramos, por ejemplo, en un tren y comenzáramos una conversación agradable con algún desconocido, por mucho que nos apeteciese jamás le daríamos un abrazo al despedirnos. Pues bien, en este momento hemos perdido posiblemente un amigo. Tana movería su rabo, olisquearía al viajero y a la hora de despedirse estiraría de la correa para darle el último adiós a este amigo que muy probablemente no volverá a ver jamás.

Por lo tanto, querida Tana, he de darte la razón en todo lo que has comentado sobre la amistad entre los seres de dos patas. Nos empeñamos en adiestrarlos, y esto está muy bien, porque aporta conocimiento y habilidades a vuestra inteligencia natural e instintiva. Lo que no entiendo, Tana, es por qué nosotros nos empecinamos en no aprender de vosotros.

Vuestro instinto más puro es el amor hacia los demás, principalmente hacia vuestros cachorros. Tampoco nosotros, he de reconocer, lo hacemos muy mal en cuanto a esto último —con alguna que otra excepción, claro está—, lo que ocurre es que somos incapaces de amar al desconocido, a ese que nos cruzamos por el pasillo del trabajo cuya corbata rosa tanto odiamos o a esa vecina cotorra que evitamos siempre en la escalera o en el ascensor de casa. Tú, Tana, al de la corbata rosa o a la cotorra del portal, los olisquearías y quizás les darías unos buenos empujones amistosos, otros pocos lametones, ¡y a jugar!

El amor incondicional que siente la inmensa mayoría de los perros hacia los seres humanos —concretamente hacia sus amos— no ha surgido por arte de birlibirloque. Es de sobra conocido que el perro, llamado científicamente *Canis lupus familiaris*, procede del lobo. Hasta la aparición en el siglo xx de los estudios genéticos se creía que algunas razas procedían del chacal común y otras del lobo.

A finales del Paleolítico el hombre vivía en tribus, es decir, en «manada». Y cazar, recolectar, reproducirse, resguardarse de las inclemencias del tiempo y de los demás animales eran sus principales tareas diarias. Estaban rodeados de perros, lobos y chacales, y muy probablemente estos tenían tanto miedo de los seres de dos patas como al contrario. Los perros, lobos y cha-

cales servían de alarmas naturales a las tribus cuando acechaba por el campamento algún enemigo de otra especie superior en la escala alimenticia, pues estos aullarían no con la noble intención de avisar al hombre, sino con la de proteger a su manada en caso del perro y lobo, y al territorio familiar en el caso del chacal.

Seguramente los humanos comenzaríais a pensar entonces que estos cánidos no eran tan feroces como parecían, y que, puestos a comparar, había fieras peores de las que debíais cuidaros más.

Acostumbrados incluso a cruzárselos a pocos metros, los humanos fueron perdiendo el miedo. Siempre sería mejor que amanecer con la cabeza destrozada por las mandíbulas de algún tigre o con el tórax atravesado por la lanza de piedra de los de la tribu de al lado. Posiblemente se percataron al asar una buena pieza de carne que un cánido solitario y hambriento se dejó llevar más por el olfato que por la prudencia. Y durante días, meses y años él y sus descendientes se acercaron hasta la tribu para esperar las sobras de la comida. Cada vez se arrimarían más, ya no solo solicitando alimento, sino también cariño y comprensión de aquellos seres tan raros empecinados en caminar de pie.

Más tarde, el hombre cazaría una presa y el perro más raudito que él la recogería antes de que viniera cualquier depredador o carroñero a robársela. Pero no la querría para él, era para su amigo. Era el principio de una relación que llegaría hasta hoy.

**CADA VEZ MÁS LEJOS DEL LOBO,
CADA VEZ MÁS CERCA DEL HOMBRE**

En un principio, el perro no encontró demasiadas dificultades para adaptarse a una vida si no en amistad, sí en colaboración y respeto con el hombre. Debemos tener en cuenta, además, de que los cánidos llevan muy interiorizada la jerarquía dentro de la manada y que por ello acataban esta dentro de la tribu.

Los primeros lobos y los primeros perros no aselvajados no fueron, por lo tanto, amigos del hombre; como mucho, se trataba de aliados fieles en torno a ciertos intereses comunes.

La aproximación con el hombre de los predecesores del perro actual se produjo en Asia, posiblemente, hace cien mil años, pero para hablar del principio de una verdadera domesticación canina tenemos que hacerlo en una franja temporal mucho más reciente: entre treinta mil y dieciocho mil años antes del presente. La convivencia entre cánidos y humanos llegó bastante antes de que el hombre fuera capaz de iniciar un tipo de sociedad ganadera y agrícola, viviendo hasta entonces como cazador recolector.

El hombre del Paleolítico, e incluso el del Neolítico, vivía en pleno contacto con la naturaleza y estaba inserto en la misma. Formaba parte de la cadena alimenticia y con mayor o menor medida interactuaba con todas las especies del medio.

Los cánidos fueron desde los más remotos orígenes de la prehistoria los animales predilectos del hombre a la hora, ya no solo de ser domesticados, sino de interactuar con él de tú a tú, pues este tenía más dificultad con sus propios semejantes que

con los perros. Esta interacción no se ceñía exclusivamente al perro salvaje y al lobo, también al chacal —pese a las pruebas genéticas, hay científicos que insisten en que no hay que cerrar la puerta a la hipótesis de que algunas de las razas de perros actuales procedan del chacal—.

A pesar de la fama del lobo entre los ganaderos de exterminador de ovejas, culturalmente es más aceptado que él sea de quien proceda el perro. La literatura, el cine y otras artes han contribuido a alzar su figura romántica con un halo de belleza, inteligencia e instinto de supervivencia. Una especie de bandolero de cuatro patas. Mientras que el chacal ha sido tratado como un ser cobarde, carroñero e insociable.

Lo que es indiscutible, al margen de las afirmaciones de los estudios genéticos, es que los chacales guardan un gran parecido —más allá de lo estético— con una variedad grande de razas de perro. Incluso la mayoría de los ejemplares que se han domesticado han adoptado maneras y costumbres propias de perros, tales como menear la cola cuando están felices o la de cambiar los aullidos por los ladridos. Existe la posibilidad de que los primeros perros pudieran convivir en manada junto al lobo y el chacal, y que estos últimos cánidos fueran rechazados por cuestiones diferenciales.

Tana, seguro que los lobos dirían de vosotros que erais raritos de narices. Que teníais las orejas cada vez más gachas, que vaya con la costumbre de mover el rabito cuando estabais contentos. Seguro que estaba bien durante un rato, porque de hecho los lobos también lo hacían, pero es que os pasabais de simpáticos.

Y tus antepasados dirían de ellos que eran unos antiguos, que iban de machitos por la vida. Con sus aullidos, sus orejas de punta

y siempre mirándoos por encima del lomo, como si fuerais bichos raros. Y para colmo, que os estabais vendiendo al hombre por un trozo de carne. Así que ellos muy dignos se marcharon lejos. Para no reñir, mejor cada especie por su lado y sanseacabó.

POCO A POCO

Con la aparición de la agricultura en el Neolítico, la alianza entre cánidos y humanos dio pasos agigantados. El perro, ya similar al de nuestros días, no solo era un habitante más del territorio que no huía del hombre, que interactuaba con él y que le ayudaba en la caza, sino que era un compañero que compartía algo más que un espacio físico.

Poco a poco empezaron a surgir las primeras manifestaciones de domesticación meramente dichas. Las labores en las que el perro ayudaba fueron en aquellas relacionadas con la ganadería. Fue aquí cuando su morfología y fisionomía experimentaron ciertos cambios. Su comportamiento incluso se vio afectado y, por qué no decirlo, su mentalidad también, siendo cada vez menos salvaje y, por lo tanto, más doméstico. Comenzó a ingerir alimentos no cárnicos, tales como vegetales de las cosechas, lo cual influyó en los cambios mencionados.

Fue en el Neolítico, la nueva Edad de Piedra, cuando los humanos fueron conscientes del futuro que les esperaba al vivir juntos las dos especies. De modo premeditado el hombre comenzó a criar perros —ya no era aquel aliado espontáneo de la naturaleza— y a seleccionar ejemplares diferentes con fines reproductores. Fue el principio de la creación de las más de cua-

trocientas cincuenta razas que tenemos en la actualidad —difícil precisar la cifra. Depende de qué organismo lo cuantifique; algunos expertos aseguran que hay más de ochocientas—.

Todavía hoy es un misterio saber los conocimientos científicos de aquellos hombres prehistóricos a la hora de cruzar las distintas razas para determinados fines. Se presupone que se trataba de una serie de acciones intuitivas o fruto quizás de unas rudimentarias y arcaicas investigaciones llevadas a cabo observando el carácter y comportamiento de determinados ejemplares.

Hay constancia de que los perros llevan al menos cien mil años interactuando con nosotros. Unos restos óseos encontrados en China determinaron que pertenecían a cánidos con genética similar a la del *Canis lupus familiaris*, pero no se puede concretar que estos animales tuvieran una interacción doméstica con el hombre. Más firme es la posibilidad de que el perro lleve treinta mil años formando parte del emocioario más íntimo del ser humano, como lo demuestran los hallazgos de pinturas rupestres en las que se le representa.

Cerdos, caballos, ciervos y otros muchos animales fueron protagonistas también en el arte de nuestros remotos antepasados, pero estos solían ser figuras relacionadas con la caza o la ganadería. A simple vista, es difícil distinguir de la intención inconsciente del artista a la hora de mostrar con su arte el lugar que cada animal ocupaba en su día a día.

Evidentemente no se puede precisar que en estas pinturas se hallaran representaciones de perros jugando con el hombre, pero si se profundiza en la gestualidad de los canes se evidencia que el hombre comenzaba a hacer distinciones selectivas entre

especies a la hora de convivir con la fauna que le rodeaba y, aunque el vínculo emocional entre perro y hombre era aún nulo o escaso, el primero salía ganando en su relación con el segundo si lo comparamos con otros animales con los cuales el hombre compartía tan solo espacio geográfico.

En la cueva Goyet, en Bélgica, se han encontrado los restos fósiles más antiguos de un perro domesticado, lo cual nos indica que el hombre convivía con los cánidos antes incluso de la sociedad agrícola.

Este descubrimiento no garantiza que nuestros ancestros tuvieran un amor hacia los perros similar al que tenemos en la actualidad, máxime cuando hay estudios sobre esta cueva que demuestran que sus moradores practicaron el canibalismo. Con lo cual entendemos que si no había lugar para la empatía con los miembros de otra tribu, difícilmente la habría para los de otra especie diferente.

Como hemos visto, los comienzos de la buena amistad entre perro y hombre no fueron demasiado románticos. Entre aquel cánido salvaje que observaba al hombre —igualmente salvaje— a una distancia prudencial hace cien mil años en China y ese otro que ayudaba a los seres de dos patas a finales del Paleolítico hace treinta mil años en Europa o el cachorro que más tarde entraría temeroso en la cueva de la tribu para jugar con los niños a principios del Neolítico mientras los padres de ambas especies hacían las labores agrícolas y ganaderas, compartían entre sí ciertos rasgos morfológicos, pero poco más.

Perdona, en este tiempo el perro fue utilizado como escolta, ayudante de caza, animal de tiro e incluso como alimento.

¿Amistad dices? Reconoce que el ser humano hace cien mil años no amaba al perro, sino que este era una especie más de la fauna, solo que si el ciervo, el jabalí o los caprinos le servían de alimento, el perro, además, le valía como complemento a aquellos sentidos que tenía menos desarrollados, concretamente el olfato y el oído.

Cien mil años de relación por medio y centenares de miles de millones de situaciones que fueron cambiando poco a poco una realidad histórica y social que parecía estar predeterminada. Desde la primera pedrada que lanzó el hombre a un cánido que merodeaba alrededor de la cueva hasta hoy se esconde la historia de colaboración, participación y amor entre especies más entrañable jamás acaecida.

LOS TIEMPOS DE LA COMPAÑÍA

La interacción entre el hombre y el *Canis lupus familiaris* en poco tiempo se fue sofisticando, pasando de ser una relación fundamentada en cuestiones tan poco estéticas como la de traer una pieza de caza al amo, vigilar los alrededores de la cueva de posibles ataques de las tribus invasoras o de servir poco menos que de animales de carga y de tiro, hasta llegar a ser un elemento estético sofisticado e incluso un artículo de lujo.

En la Edad Antigua, cuando el hombre civilizado ya había dejado atrás la prehistoria, el perro de compañía comenzó su andadura como tal. En la antigua Grecia, en Egipto y en el Imperio romano se sabe, gracias a las excavaciones, que

ancestros nuestros convivían con canes en la intimidad del hogar.

En Oriente, la amistad entre el hombre y el perro en los primeros siglos después de Cristo seguía evolucionando de igual manera que en Occidente. Hace más de dos mil años que existe una raza denominada terrier tibetano; se trata de un perro muy hábil, inteligente y adiestrable de pequeño o mediano tamaño. Por otro lado, los tibetanos tenían al dogo tibetano, un perro de proporciones mayores. Ambos animales hacían la pareja perfecta y se complementaban en su papel de centinelas del hogar. El dogo —grande y más perezoso que el terrier— era avisado por su pequeño amigo en caso de que el territorio estuviera en peligro.

Como curiosidad añadido que el terrier tibetano en verdad no es un terrier, y que su apelativo se debe a que fue clasificado por inexpertos en la materia que pensaban que todos los perros pequeños eran de esta raza. ¡Pobres ignorantes!

En la antigua China imperial —hacia el siglo VIII— la definición de perro de compañía adoptó con la dinastía Tang todo su significado. Los chinos, mediante cruces experimentales de razas destinadas al trabajo, lograron crear el pequinés, el perro palaciego por excelencia. Algo parecido y en la misma época pasó con la aristocracia japonesa, que adoptó como signo de la misma al perro de compañía de la raza chin.

En Occidente mientras tanto —Edad Media—, se dejó a un lado el refinamiento y lo mismo que las costumbres se embrutecieron, los perros pasaron a ser de nuevo utilizados

para fines más duros como la caza o la guerra, predominando, claro está, las razas creadas por el hombre ex profeso para ello.

Posteriormente, durante el Renacimiento, surgió otra vez la necesidad artística y estética del espíritu, y en cierta manera esto se vio reflejado también en el trato a los perros y a los fines para lo que estos eran destinados. Resurgió así el perro de compañía, pero lo hizo de nuevo en las altas capas sociales, en la aristocracia. Todo esto se ve plasmado en los retratos reales donde los miembros de la corte son pintados acompañados por sus perros.

Había en dichas obras de arte una marcada división sexista: las damas se dejaban pintar por sus artistas preferidos acompañadas de sus diminutos perros falderos —que fue como se empezaron a conocer por entonces a ciertas razas—. Por otro lado, los varones posaban ufanos acompañados por sus mejores compañeros de cacería: lebreles, mastines, alanos y galgos; estas pinturas venían a ser de carácter menos reposado que el de las damas, pues solían representar escenas de caza.

Los perros de compañía comenzaron a ser habituales en los palacios de Francia desde el siglo xv, aunque Luis XIV —que mimaba y trataba con gran lujo a sus lebreles de caza—, los considerara animales «inútiles». En cambio, Desportes, uno de los pintores de la corte del Rey Sol y el primero de la historia que se especializó en retratos caninos, comenzó a fijarse en otros perros que pululaban por los pasillos de Versalles, como el bichón, una raza surgida en las islas Canarias y que importaron los marineros holandeses.

Estos bichones, en sus distintas variedades posteriores, eran los perros favoritos de las damas de la corte, cuya costumbre de vestirlos con lazos de seda dio nombre a la propia raza —eran conocidos como bichonniers o dandis—. Tiziano ya pintó con uno de ellos a Federico II, igual que más tarde lo harían con las aristócratas Boucher, Fragonard o incluso Goya, por ejemplo, en uno de sus cuadros de la duquesa de Alba. De hecho, el italiano bichón boloñés, de pelos ondulados y esponjosos, fue el favorito de grandes señoras como madame Pompadour, Catalina de Rusia o María Teresa de Austria.

Fue por imitación de los personajes reales por lo que los también llamados «perros de salón» se extendieron como símbolo de distinción y lujo a partir del siglo XVII. Y, sobre esa simple función ornamental, casi como un complemento de moda, durante la centuria siguiente se llevó a cabo una intensa selección genética que buscaba en dichos animales tanto un físico atractivo como un volumen y un peso manejable —siempre por debajo de los cinco kilos— para los brazos y el regazo de las damas. Ese es el motivo por el que desde entonces los perros de compañía cuentan con el mayor y más variado número de razas de entre todo el espectro canino.

Los bichones se extendieron por las cortes de Portugal, España, Italia y Alemania. E incluso por América, donde el de la variedad habanera era compañero de la élite criolla. Por su parte, en la corte británica se fomentó la cría del spaniel miniatura, al que por algo se conoce como king Charles, sin olvidar que ya antes la reina Isabel había heredado la costumbre paterna de la cría de los beagles, que siempre la acompañaban. La Isabel ac-

tual, por su parte, cría corgis galeses de Pombroke, una raza que ya su antecesor en el trono, el rey Jorge, introdujo en la corte y que en la actualidad está en peligro de extinción al existir apenas trescientos ejemplares en todo el mundo.

En el siglo XIX, después incluso de la Revolución francesa, los perros falderos siguieron disfrutando de todas las comodidades de los centros de poder. Carlinos, caniches, malteses, schnauzers y pinschers miniatura eran los más habituales de las mansiones de la alta burguesía, protegidos por damas que, siguiendo el ejemplo de la propia Josefina, esposa del emperador, querían demostrar con ellos su sensibilidad y delicadeza.

Tana, no sé si sabes que con la llegada del siglo XX esos canes menudos pasaron a ser símbolo de glamur en brazos de las divas del cine, de esposas y de hijas de millonarios y de famosos personajes de la prensa rosa, que los han convertido en toy dogs —o perros juguete—, que es como se llama también a las razas más pequeñas, a las que adornan con lujosos y caros accesorios.

En la actualidad hay registradas más de cuarenta razas, además de sus distintas variedades, de perros de compañía y todas de pequeño tamaño: caniches, bichones, carlinos, bulldogs franceses, shih tzus, chihuahuas, spaniels, crestados chinos, yorkshires, pomeranias, Boston terriers, schnauzers, pequineses, westies... Y todas ellas tienen en común tanto su carácter juguetón, su fidelidad y su inteligencia, después de varios siglos de perfecta adaptación al entorno humano. Aunque en muchos casos, y a falta de otras habilidades o funcionalidad, esa imbricación es tanta que se convierte en absoluta dependencia y necesidad de una permanente atención en todos los aspectos.

UN SIMPLE ACOMPAÑANTE QUE TERMINARÁ POR SER EL MEJOR AMIGO

El perro nos ha llegado ya domesticado, y sin el ser humano no podría sobrevivir. Por lo tanto, el *Canis lupus familiaris* no es un animal que proporcione solamente compañía, es un miembro de la sociedad y uno más de la familia.

Entre las distintas definiciones, la de animal de compañía es la que menos justicia hace a la hora de describir la relación que tienen los perros con los humanos llegados al siglo XXI.

Tana, no sé si un loro, una iguana o un ratón pueden ofrecer algo más que afecto recíproco y compañía al hombre. Esta opinión a buen seguro peca de un carácter marcadamente especista. Que sepas que a mí particularmente no me agrada ver a un animal de ninguna especie encerrado en una jaula —no es lo mismo encerrar que domesticar—. Lo que trato de explicarte o de justificar es la interacción del ser humano con otros animales que ha metido en sus casas. Lo propio es amar a todas las especies del reino animal, sean cuales sean, y por qué no, a todos los seres vivos del universo. Pero eso es una cosa y la empatía entre especies, otra.

Desde luego que utilizar un perro como alimento, animal de tiro, ayudante de caza o como un «objeto» de lujo no es la mejor manera de convivir con un ser de otra especie.

Ahondando en la cuestión del trato que damos a los perros destinándolos a uno u otro fin —véase más desarrollado en el capítulo sexto— podemos llegar a la conclusión de que cualquier utilización de un can como perro policía, perro guía o perro de ayuda y rastreo que busca supervivientes en

catástrofes son actos antinaturales. Lo justo está en el equilibrio.

Si el hombre ha usado al perro con estos fines a lo largo de la historia e incluso en el presente, se hace muy difícil hablar sobre este ser como el mejor amigo del hombre, pero debemos reconocer que pese a la utilización más o menos afortunada de los canes, por lo general la relación en estos cien mil años de interacción ha evolucionado positivamente.

Hace más de medio siglo, cuando convivir con perros no estaba tan generalizado como ahora, la Asociación de hospitales veterinarios de Estados Unidos hizo un estudio sobre la relación que tenían los humanos con sus amigos de cuatro patas. Al preguntar a los encuestados que a quién se llevarían a una isla desierta, un sesenta por ciento contestó que, sin duda, a su perro. Pero, además, al ser preguntados por cuáles eran los seres queridos más importantes para ellos, un setenta y dos por ciento incluyeron entre los cinco primeros a su amigo peludo.

Seguro, Tana, que los curiosos resultados de esta encuesta te han arrancado como mínimo una «sonrisa». Pondría la mano en el fuego sin miedo a quemarme que no te has extrañado de los porcentajes.

UNO MÁS DE LA FAMILIA

Es probable que las personas que lleven conviviendo poco tiempo con su pareja, en el trayecto que hay del trabajo a casa, no dejen de pensar en su chica o en su chico —«Imagino que

ya habrá llegado. Él siempre sale antes, qué achuchón voy a darle en cuanto entre por la puerta. O mejor, llamaré al timbre y cuando pregunte quién es le contestaré que la mujer que más le quiere en el mundo»—. La cosa cambia en aquellas relaciones que llevan mucho más tiempo. Tal vez los pensamientos se centren en si queda gasolina para llegar o si el otro se habrá acordado de comprar el pan. Evidentemente todo esto es generalizar. Hay parejas que llevan cuarenta años juntos y mantienen la llama, y otras que con tres meses de convivencia son incapaces de empatizar con el otro. Sí, generalizar y teorizar en estos casos es quizás disparatado, pero no cuando se trata de convivir con un perro. Ese amor sí que es para siempre, ni se desgasta ni pierde intensidad. Incluso, según se hacen más viejitos, más entrañables parecen y más cariño se les da.

Se habla mucho del amor incondicional de los perros hacia las personas. A la inversa no tanto, aunque también se dan casos. Los más evidentes se producen cuando un humano vive solo y exclusivamente con un perro. Si al peludo le sale un eccema y hay que comprar una pomada de cincuenta euros, se compra, aunque haya que dar de baja Canal Plus. Si se pone malo de la tripa y el perrito necesita un pienso especial de treinta y cinco euros, se compra el de cuarenta, y si es preciso ese mes en vez de cerveza se bebe agua del grifo, que hidrata más. En caso de que se despierte a las cuatro de la mañana gimoteando, pues le urge bajar al jardín —está con toda seguridad con diarrea— se pone uno la chaqueta encima del pijama dispuesto a tirar por la borda la fama de soltero elegante.

Tú dile a uno de estos humanos, Tana, entre los cuales me incluyo, que alojen en su casa, no quince años —que es vuestro promedio de vida—, sino quince días a un amigo que hace veinte años que no ve, dile que le preste cincuenta euros para una pomada porque le ha salido un sarpullido en la espalda, que le compre jamón de tal o cual marca o que se le presente a las cuatro de la mañana en la cama para decirle que no puede dormir y que si le acompaña a dar un paseo.

Entonces, ¿os damos amor incondicional? Sí, no hay duda. Por vosotros haríamos cualquier cosa sin esperar nada a cambio —muy al contrario de lo que haríamos con un amigo—, pero esto no ha surgido por arte de magia, Tana, como todo tiene una y mil explicaciones.

El perro siente y capta nuestro estado de ánimo. Si se le habla de los problemas con la pareja, no solamente va a entendernos, sino que, además, nos comprenderá. A cualquier persona que conviva con un perro esto no le sonará a locura. Hay algunos canes que han caído, incluso, en una depresión tras diagnosticarle alguna enfermedad al dueño, otros que han tenido diarreas prolongadas cuando sus amos estaban pasando una crisis y algunos que lloriquean y gimotean cuando el dueño está recibiendo una triste noticia por teléfono. Y por el contrario, los hay que se levantan repentinamente del suelo cuando su dueño lee un correo electrónico en el que le ofrecen un proyecto o un puesto de trabajo muy beneficioso para su vida personal y profesional.

Tana, me contó una vez un conocido que tuvo una depresión profunda durante muchos meses. Vive con dos perros y, gracias a fa-

miliares y amigos, estos siguieron llevando la misma vida que antaño durante ese tiempo o incluso mejor. Si antes de estar enfermo el dueño salían una o dos veces al día y siempre con él, en esta época era tal la cantidad de gente que se prestó a echar una mano que los perros salían a la calle hasta diez veces. Y no solo iban al parque a hacer sus necesidades, sino que se los llevaban al campo o a excursiones con niños y otros perros.

Parece que vivían bastante mejor en aquella época que en la anterior, en la cual tenían una existencia rutinaria. Pues bien, toda esta vida de asueto, diversión social y multifamiliar no evitó que en menos de dos meses los dos perros enfermaran, dejaran prácticamente de comer y tuvieran fobia de salir a la calle.

Este conocido me confesó, además, algo que quizás no te resulte sorprendente. Él vive en un ático y como buen amante de los animales disfrutaba de salir a la terraza a dar de comer a unos pájaros que venían a visitarle a diario. A pesar de que durante su depresión apenas salía a la calle, no quiso perder esta costumbre de alimentarlos, hasta que llegó un día en el que los pájaros dejaron de posarse en su terraza. Cuando por fin pudo salir de su enfermedad, sus perros se recuperaron rápidamente y los pájaros tornaron a recoger su ración diaria de alimento y afecto.

En estos años de interacción entre las dos especies se podría decir que aproximadamente en los últimos diez dicha relación ha llegado a un punto de solidez muy fuerte en nuestro país. Se ha pasado de un estilo de vida en el que la gente que podía tener perro eran aquellos que vivían en una casa con patio o jardín —y algunos pocos atrevidos que le tenían metido en un piso— a otro distinto en el que el perro ya no es solo ese «ser» que vive fuera o que hace de guardián doméstico.